

# El Orfeo de José Ricardo Morales

Para quienes nos prometemos asistir a las representaciones teatrales, y casi nunca cumplimos la promesa, la obra de José Ricardo Morales, que por estos días se estrena en el Antonio Varas, constituye, por encima de todo, un maravilloso "espectáculo".

Nos maravillamos tanto del juego escénico como de la réplica de los actores, tanto de los bailarines que reemplazan al coro griego como de la acción sincopada del argumento, todo esto anexado a un ritmo verdaderamente crepitante y ejemplar, un ritmo que se mantiene con una soldadurra precisa a través de toda la obra.

En esta medida —en la medida de lo que podríamos llamar velocidad teatral—, no dejábamos de asociar este "Orfeo" con las características del "tiempo" que tales o cuales directores extranjeros supieron imprimir a "Las tres hermanas" o al "Otelo", y que aplaudimos, con idéntico entusiasmo, aprovechando un viaje que nos llevó hasta Israel.

En estas piezas la música atronaba la sala, las actrices se columpiaban hasta salir de las candilejas, los galanes saltaban por encima de los sillones, los otros bailaban unos bailes orientales desenfrenados, los actores subían y bajaban por andamios, todo era movimiento y ondular de trajes y de luces sobre la escena, pero, conjunta y milagrosamente, nada se perdía del hondo patetismo de la acción de Chejov o del drama interior que sacudía al personaje de Shakespeare.

Asimismo, en esta obra teatral de Morales, sobre el vertiginoso ritmo que el director supo imprimirle en su conducción, nada se pierde de la intención primera del autor, sino que la subraya, con una sabia fusión, en que danza y lenguaje se complementan.

Orfeo, reencarnado en uno de estos cantantes de la hora presente, en uno de éstos que arrastran multitudes, así como el tracio arrastraba a las suyas, no se pertenece: él es el cuerpo y alma de las turbas fanatizadas que le siguen, y cuando quiere tener su propia existencia, su personalidad, y cuando surge la Euridice única con la cual sueña constituir su vida única, es la multitud pasional de sus perseguidores la que se opone, la que no permite que se escape a su control, pues el mundo, según el mito, no desea verse representado en el hombre público, sino que exige que éste sea el espejo donde el mundo se represente.

Digamos, también: Euridice no concibe el amor particular, ella aspira a ser la imagen misma de la multitud, y, por tanto, sin entender el hechizo de la voz órfica, prefiere reintegrarse al anonimato de su especie.

Sobre esta ambivalencia, entendemos, se establece el drama, en donde se acentúa, acaso en demasía, la crítica a la sociedad de consumo material o a la sociedad de consumo ideológico, las que, en la obra, corresponden a los círculos dantescos en los cuales la heroína está sumergida, y los cuales atraviesa Orfeo en su eterna y desesperada búsqueda.

Como nosotros, a través de una ya larga vida, siempre nos hemos contentado con unos escasos bienes materiales, o nos han bastado las escasas ideas que buenamente nos hemos forjado, contemplamos y escuchamos la obra de Morales, en este aspecto, como espectadores un tanto distraídos, y hasta es posible que encontremos a Euridice ligeramente bachillera cuando empieza con sus filípicas en contra de los consumos.

Toda esta bachillería, afortunadamente, no toca a lo esencial de la obra en sí, pues el escritor ha sabido sortear, con su elegancia de costumbre, el fácil señuelo del fastidioso teatro de tesis.

José Ricardo Morales, con una copiosa bibliografía de obras teatrales, así como autor de lúcidos ensayos sobre la arquitectónica y la estética, en este "Orfeo" se mantiene en su más alto prestigio de creador dramático, y, en honor del teatro chileno, juraríamos que esta comedia podría ser llevada, tal cual la vimos en el Antonio Varas, con su dirección, sus actores y su decorado, a los más exigentes escenarios del mundo.

El momento

Sábado

16-X-1975 P.27

696782